



JEAN-MICHEL THIBAUX

# EL MISTERIO DEL PRIORATO DE SIÓN

La historia original del tesoro del Priorato de Sión que dio lugar a *El código Da Vinci*.

# EL MISTERIO DEL PRIORATO DE SIÓN

**1885. El abad Bernard Saunière asume se cargo en Rennes le Chateau, una parroquia pobre en el Alto Languedoc. No sabe aún que debe su nombramiento al misterioso Priorato de Sión, que planea encomendarle una misión secreta: encontrar el tesoro fabuloso de los reyes visigodos.**

**Sustentada en hechos reales, esta novela evidencia un profundo conocimiento de las sociedades esotéricas y nos arrastra hasta el fondo de los arcanos del Priorato de Sión, revisando ciertos aspectos que están presentes en El código Da Vinci.**

Título Original: *Le secret de l'Abbé Saunière*

Traductor: Tafur Saavedra, Juan Carlos

Autor: Thibaux, Jean-Michel

©2005, Roca Editorial de Libros, S.L.

Colección: Misterio

ISBN: 9788496284975

Generado con: QualityEbook v0.60

# I

*Couiza, 1 de junio de 1885*

El sacerdote recibió la carta del obispo en una mañana fresca y soleada de primavera: monseñor Billard lo mandaba a Rennes-le-Château. Reunió sus harapos, predicó por última vez ante sus pastores de corderos, atravesó la aldea de Clat y se marchó sin remordimientos. Cuando cruzaba el río, las mujeres escondieron sus rostros asustadizos tras las persianas. La más vieja se puso a cantar:

Salimonda, Salimonda,  
trae el hacha y el cuenco,  
que esta alimaña tiene dos cabezas.  
Jeanne Rasigonde,  
trae el cuenco y el puñal,  
dejaremos correr la sangre.

No entendía por qué le inspiraba temor a esas mujeres morenas, mitad españolas y mitad sarracenas. ¿Qué le había dado él a esos brutos? Y ellos, ¿qué le habían dado? A lo largo de tres años, había aprendido en su compañía a cazar y a pescar, y también a pecar. ¡Tres años! Mil noventa y cinco días con esos malos cristianos, supersticiosos, idiotas, republicanos devotos de Ferry y Gambetta, que veneraban a Marianne por encima de María. Se habría vuelto tan bruto como ellos de no ser por la sabia decisión del obispo. Habría acabado por aprobar las iniciativas del Estado laico.

«Al diablo con su maldita república», pensó apartando de sí las imágenes de Ferry, Waldeck-Rousseau, Buisson, Zévort, Sée, todos los otros enemigos y perseguidores de la Iglesia. Recorrió como un autómatas la calle principal de Couiza, llevando al hombro los dos sacos de viaje remendados con cuero y cordel. Los hombres adivinaban su poderosa musculatura bajo la sotana. Las muchachas lo encontraban apuesto y decidido. Sus ojos eran tan negros que se mordían la lengua para no murmurar: «Estrella, estrella, haz que sueñe con él». Enfiló por delante de los zaguanes y las casuchas llenas de murmullos, sombras equívocas, risas peregrinas. Sentía a su espalda el peso de las habladurías y las miradas desconfiadas de los aldeanos. El silencio que caía a su paso era espeso, deliberado. Ignoraban que se dirigía a su nueva parroquia, en lo alto de las colinas, a una nueva prisión.

Entre brumas, acudió a su memoria un camino de cabras que solía tomar en otra

época. Era un recuerdo feliz. Había sido un niño feliz. Era el jefe de la banda que conducía a los valientes de Montazel al asalto de la montaña de Rennes. Cruzando los prados, emboscados tras las retamas y los zarzales, los niños de la aldea enemiga aguardaban el combate. ¡Cuántos golpes y contragolpes! ¡Cuántas horas consagradas a planear el ataque! ¡Cuántos ardides desenmascarados! Había nacido para las armas, para la gloria, para las damas. Pero sus padres lo habían encaminado hacia la Iglesia. A su pesar, se había convertido en un soldado de Dios, enrolado en las tropas de León XIII. Amaba a Cristo y a los santos, pero lamentaba no poder honrarlos como era su deber. «Nunca tuve vocación.» Recordó una vez más su adolescencia, los rezos de su madre, las procesiones, las peregrinaciones, ese tono con que los suyos solían decir que él era «su salud en el otro mundo». También perduraban en su memoria los castigos de sus superiores en el seminario de Carcassonne. Después que lo nombraron cura de Alet, había pasado noches enteras mortificándose. Toda una vida malgastada. Los años por venir le parecían ya estériles.

Por el camino se acercaron unos carreteros que subían a las cumbres a traer hielo.

—¡Arre! ¡Arre! —venían gritando.

—¡Apártese, cura! —gritó uno, haciendo silbar la fusta—. No quiera irse tan pronto al paraíso.

—Habría un parásito menos en este mundo —dijo otro.

Los demás rieron. El sacerdote reculó contra el parapeto del puente sobre el Aude. Las ruedas de la carreta pasaron rozándolo tras los caballos fatigados. Las risas de los hombres se hicieron más feroces cuando lo vieron petrificado con sus sacos. La sotana se le levantó revelando los zuecos rotos y polvorientos.

—¡Salvajes! —les gritó.

Al momento, un hombre barrigón saltó del carro. Su boca era una herida sangrante en medio del rostro curtido por el sol.

—¡Tenga cuidado, cura! —le espetó—. No olvide que estamos en la República y el rey no vendrá a salvarlo.

—No lo olvido, hijo mío. Cierra la boca y no me vengas con soflamas de la comuna.

—¡Ah! ¡Tiene mal de ojo! —dijo el otro con sarcasmo. Lo amenazó con el puño—: ¿Quiere que le cierre el otro ojo de un puñetazo?

El sacerdote dejó caer los sacos. Tenía el cuerpo de un atleta. Nunca se había sentido tan sereno, tan contento. Atrapó el puño en el aire y lo apretó entre los dedos, frunciendo apenas los labios por el esfuerzo. Estrujó las falanges y las coyunturas, unas contra otras, impasible. Su adversario se puso pálido y trató de darle un golpe bajo con la rodilla.

—Estás lleno de vicios, hijo mío. Tendrás que pedir perdón a Nuestro Señor.

—¡Antes muerto!

—Amén.

El montañés abrió mucho los ojos. ¿Qué quería decirle el cura? ¿Cómo, amén? El sacerdote lo agarró por el cuello antes de que pudiera gritar y se encaramó al parapeto llevándolo a rastras. Los otros trataron de intervenir.

—Un paso más y lo dejo caer —advirtió el sacerdote—. Se romperá las piernas si

no se rompe el cuello. A ver, hijo. Pide perdón.

El hombre estaba paralizado por el terror. Miró con ojos de pánico a sus compañeros, que empezaron a recular.

El sacerdote sonrió sosteniéndolo en vilo por encima del torrente. Sus ojos brillaban con la determinación de quienes cumplen sus amenazas.

—Pido perdón a Nuestro Señor —balbuceó el carretero.

—Pues he cambiado de opinión —dijo el cura—. Ahora quiero que le reces a la Virgen.

—No sé rezar.

—Seguro que te enseñaron el catequismo. Reza así como repites las canciones de la revolución.

—¡No me acuerdo de la oración!

—¿Ves ahí abajo el agua helada del Aude? Haz memoria que se me está cansando el brazo.

—Dios te salve, María, llena eres... llena eres de garbo...

—¡De gracia!

—Llena eres de gracia...

El carretero recordó toda la oración. También recordó el *mea culpa*, que tuvo que recitar tres veces. Llegó a cantar el *De profundis* antes de que el sacerdote lo dejara caer en el suelo.

Los otros se precipitaron encolerizados sobre el cura para vengar a su camarada.

—Será mejor que no lo intentéis —dijo el abad con los brazos en jarras, sin dar ninguna muestra de temor—. No, hijos de la montaña. Dios está de mi lado. El que quiera vérselas conmigo tendrá su merecido.

Los hombres se quedaron de piedra. Algo en las palabras del cura indicaba que no hablaba por hablar. Era un temerario que se jactaba de su fuerza, pero ya no tenían el menor deseo de enfrentarse con él. El nombre de Dios estaba grabado con letras de fuego en sus toscos cerebros. Su compañero se levantó trastabillando y se marcharon en silencio. Por el camino de Quillan, los caballos habían seguido andando solos. Corrieron tras ellos, pues la ley prohibía que las carretas fueran sin cochero.

—Buen viaje, hijos —gritó el cura levantando su equipaje—. Id con Dios.

Pasada la tensión, se arrepintió del arrebato. Una vez más, no había obedecido los mandamientos. Los demonios, que eran astutos y temibles, lo habían hecho caer en la tentación. A la salida de Couiza, se prometió estar más atento y velar mejor por su alma. Empezó a recitar el padrenuestro por el camino de cabras que llevaba a Rennes-le-Château.

Siguió rezando por la cuesta. El tilo y la lavanda perfumaban el largo barranco que se perdía entre las retamas y los peñascos. Había olvidado la luz gloriosa que brillaba en aquel cielo límpido, la belleza de esos paisajes agrestes, azotados por los vientos, la lluvia y el sol. La ferocidad de la naturaleza le inspiraba un entusiasmo casi fervoroso. Rezó ocho padrenuestros, puso fin a la penitencia y se entregó a los deleites de la vista, del olfato, del oído. Estaba de vuelta en Razès, en su querido Languedoc, en esa tierra bermeja que palpitaba para él. Desembocó al poco rato en las laderas del Causse, que estaban devastadas como siempre por los rebaños. Unos corderos franquearon el

Paso del Lobo, rumbo al arroyuelo de Coumeilles. Las campanillas y los ladridos de los perros volvieron a recordarle los tres años de hastío que había pasado en Clat. Su frente se ensombreció. ¿Acaso no le depararía lo mismo su propia tierra? Tenía treinta y tres años y ansiaba conquistar el mundo. Pero en la bolsa no llevaba ni treinta francos. Ni siquiera podría costearse un viaje de tres días a París.

En el último recodo, divisó por entre unos robles su parroquia. Las casas eran todas blancas, de techo ocre, y se amontonaban alrededor del castillo de los Hautpol de Blanchefort. La aldea estaba en lo alto de la colina, encaramada entre la tierra y el cielo como las fortalezas de los cátaros. Su historia era aún más antigua. Los celtas habían morado allí, y luego los romanos. Los visigodos habían establecido más tarde su capital en Rennes. Nada quedaba en pie de esa época remota. Iba a tomar posesión de un imperio que había desaparecido del recuerdo de sus moradores.

—¡Ya veremos! —exclamó, desafiando a la pequeña aldea, donde trescientas almas aguardaban atentas.

Porque, sin duda, todos debían de estar enterados de su llegada. Los niños que jugaban en los linderos de las aldeas eran también sus centinelas. Apretó el paso hasta la cima de la cuesta. Una anciana vestida de negro desgranaba un rosario bajo uno de los muros de piedra que bordeaban la entrada de Rennes.

—¡Buenos días, padre! —lo saludó con voz alegre.

—Buenos días, hija.

—Ya estábamos deseando verlo. Dicen que es de por aquí, de los Saunière de Montazel.

—Cómo no. Me llamo Bérenger Saunière y soy de Montazel. Mi padre era el mayordomo del marqués de Cazemajou.

—Lo conocí de nombre. Qué bien que el obispo nos lo haya mandado aquí. Así todo será más fácil. No nos gustan los forasteros. Será más fácil... sobre todo para las mujeres. —La anciana se quedó mirándolo—. Si usted quiere, vengo con mucho gusto esta tarde a limpiar el altar.

Bérenger asintió con una sonrisa. «Un halago no cuesta nada, pero es mucho lo que compra —se dijo—. Tendré que poner a esta mujer de mi lado y confesarla cuanto antes, para enterarme de la vida de mis feligreses.»

—Mi nombre es Aglaé Dabanés.

—Hasta esta tarde, Aglaé.

—Las llaves de la sacristía las tiene Alexandrine Marro. Vive en la callecita junto al castillo. Los postigos de su casa están pintados de verde. Hay un banco de madera delante de la puerta y en las tardes de verano está siempre allí.

—Gracias.

Echó a andar por la calle principal. Tras las cortinas de las ventanas había movimientos imperceptibles. En los establos, sombras furtivas como en Couiza. Estaban oteándolo, sopesando su manera de andar. Era un examen, lo sabía. Si no les caía en gracia, los muchachos de la aldea vendrían esa noche a ponerlo en su sitio. Un cerdo ocioso empezó a seguirlo. Hacía calor. Los mugidos, los aleteos que entrecortaban el silencio, el olor a humo, las grietas que dibujaban intrincadas líneas en la tierra, las puertas cerradas con tranca: eso era su parroquia.

La cólera volvió a sobrecogerlo. «Ya es la segunda vez que pecho de orgullo —se dijo—, soy un sacerdote indigno. Sólo estoy aquí para dar testimonio de Cristo y de la verdad.» Se repitió la última frase diez veces, para grabársela en el corazón.

Delante de un pozo, había unas niñas morenas acunando sus muñecas de trapo. Miraron de reojo al hombre vestido de negro que venía rezando entre dientes. Tenía un aspecto tan triste que una le preguntó si venía a darle a alguien el santo sacramento.

—No, hija. —Bérenger sonrió encantado—. Soy el nuevo párroco.

La niña hizo una reverencia y le besó la sotana. Volvió con sus compañeras, que reían con disimulo detrás de las muñecas. La aldea taciturna cobró vida, como si la niña la hubiera tocado con una varita mágica. Los ancianos lo saludaban desde sus jardincitos. Unos chicos se acercaron en tropel, lo rodearon, le dieron la bienvenida y se marcharon corriendo hacia el castillo.

Bérenger respiró más tranquilo. Lo habían aceptado. A su izquierda, en la casa de los postigos verdes, había una mujer sentada en el banco de madera. Podía tener cuarenta años, o más bien setenta. Bajo las arrugas, sus ojos eran vivaces e implacables como los de los buitres. Parecía un personaje amarillento de un cuadro de Brueghel.

—Estaba esperándolo —dijo, levantándose con brusquedad.

Bérenger la miró a los ojos. No lo había saludado y él detestaba que le faltaran al respeto. La mujer vaciló incrédula al percatarse de su mirada. Se secó las manos en el vestido, como para mantener la compostura.

—¿Tiene sed?

—No —dijo él, sin quitarle los ojos de encima.

—Estará cansado.

—Sí, Alexandrine. Tengo prisa por irme a descansar.

—¿Le ha dicho mi nombre Aglaé?

—Sí, me lo ha dicho ella. No soy el Diablo.

—¡Dios nos libre! —dijo la anciana santiguándose.

A espaldas de Bérenger, el cerdo soltó un gruñido. Unas gallinas que cruzaban la calle revolotearon espantadas.

—Basta con pronunciar su nombre para que el Diablo se manifieste —dijo Bérenger, amenazándola con el dedo índice—. La espero mañana por la mañana en el confesionario.

—Sí, padre —dijo respetuosa Alexandrine—. Tenga, padre, aquí están las llaves. La pequeña es la de la sacristía y la grande la de la puerta principal de la iglesia. La de cobre comunica la iglesia y la sacristía... por dentro... ¡Que tenga suerte!

—¿Suerte, hija? ¿Qué quieres decir con eso?

—Hay que tener agallas para vivir ahí. El abad Pons renunció. Era su predecesor.

Bérenger tomó el manajo de llaves y se echó al hombro sus dos sacos. El corazón empezó a palparle a medida que se acercaba a la iglesia de Santa María Magdalena. Cuando dobló la esquina, la iglesia y el campanario aparecieron antes sus ojos. Ahí estaba la casa del Señor. Su propia casa, a partir de ese día. Por fin iba a conocerla. Había oído decir que tenía mil años de antigüedad y los muros porosos y agrietados no revelaban menos. Había grietas incluso en el ábside. En cuanto al techo, era un

auténtico colador: el viento se había llevado casi todas las tejas. Sintió un nudo en la garganta al contemplar el caserón detrás de la sacristía, las ventanas sin postigos y los vidrios rotos. Una vez en la iglesia, se quedó pasmado por el deterioro a su alrededor. En un arranque de ira, lanzó sus sacos a través de la nave. Una voz visceral, casi un gemido, brotó de sus entrañas:

—¿Qué han hecho de tu casa, Señor? —gritó, apretando los puños.

El silencio era tan hondo que no se atrevió a dar un paso más para no remover el polvo y la arena que cubrían el suelo. Los bancos estaban desfondados, el confesonario era un nido de hongos y humedades.

Nunca antes se había sentido tan indignado en su vida de sacerdote, ni siquiera cuando ensalzaban a la República en su presencia. No sólo como sacerdote, también como hombre se sentía burlado. Al cabo de años de miserias, de fatigas, de frustraciones, al cabo de tantos sacrificios, ¡lo mandaban a predicar ahí! ¡A esa cueva de ratas! Sus superiores no podían haberle infligido un castigo peor. ¿Qué podían reprocharle? ¿Que era monárquico? ¿Que era brillante, demasiado inteligente? ¿Qué, entonces? ¿Qué sería de la Iglesia cuando ya no quedaran curas como él para mantener a raya a los laicos del gobierno?

Alrededor de la estatua rota de santa María Magdalena, un puñado de roedores mordisqueaban las servilletas de los floreros. Los floreros estaban también rotos, vacíos, todos los floreros de la iglesia.

—¡Fuera de aquí, bestias del demonio!

Dio un salto y tomó un candelabro vacío. Las ratas se enderezaron en dos patas, enseñando sus dientes puntiagudos. El mandoble tiró por tierra el florero y el candelabro abatió dos de las más grandes. Bérenger levantó el arma para volver a la carga y la dejó caer. Las demás ratas habían desaparecido. Se encaminó al altar, pasando la mano por las grietas de los muros, acarició los relieves de mármol manchados y las pinturas destruidas por las lluvias. Estaba tomando posesión de aquellas ruinas que lo cubrían de vergüenza. La Virgen y san Antonio lo miraron pasar con los ojos carcomidos por el tiempo. Creyó distinguir rastros de sangre en los arañazos que surcaban sus rostros de piedra. Por entre los agujeros del techo, el sol descendía en largos rayos polvorientos, pero la luz no alumbraba más que heridas. Tan sólo parecía haberse salvado el altar mayor. Bérenger se acercó a la losa de granito, que reposaba sobre dos extraños pilares tallados con cruces y jeroglíficos. Un candil minúsculo brillaba en el sagrario. Juntó las manos y cayó de rodillas delante del santísimo sacramento. ¡El templo estaba vivo! A pesar de la destrucción, del caos, de las tinieblas, el templo estaba vivo. Pidió perdón por su falta de humildad:

—Me he dejado llevar, he condenado al prójimo... ¿Quién soy yo para juzgarlos o para odiarlos?

Su rostro enrojeció de vergüenza, cuando comprendió cuán vana había sido su exaltación.

—Si mis palabras o mis actos te ofenden, condéname tú a mí, Señor. No merezco ser siervo tuyo. Ni siquiera soy digno de pronunciar tu Santo Nombre en los desfiladeros de Causse. Dios mío, ten piedad de mí.



## II

JULES guardó su catalejo y devolvió a su sitio las ramas que había apartado. Se levantó, echó un vistazo a su pantalón, se sacudió el polvo de las rodillas y reculó despacio. Allí abajo, en la comarca de Razès, la suerte estaba echada. El fuego no tardaría en traer una nueva época de purificación. Los hombres nunca habían estado tan interesados en el más allá, en las fuerzas que rigen el universo, en Dios y en Satán. Él, Jules Bois, era uno de sus abanderados. Los simbolistas lo protegían, los ocultistas lo buscaban, también los videntes y los magos. En compañía de todos ellos, Jules buscaba sin tregua a Satán y a sus legiones, a través de la pesadilla, hasta quedarse sin sentido. El siglo llegaba a su fin en tinieblas, entre los terrores de la noche que pintaban Klinger, Rops, Redon y Ensor. Jules tenía el alma igual de negra por el ansia de poder y eternidad.

En el lapso de un segundo, cientos de pensamientos e imágenes incoherentes se agolparon en su cerebro. Su rostro de muchacha se ensombreció y sus ojos resplandecieron. El poder aún no era suyo. Todo dependía del cura miserable que había tomado posesión de la parroquia.

—No saldrá de Rennes hasta mañana —dijo—. Ahora mismo debe de estar quitándole el polvo al confesionario. Confiemos en que no sea un tonto.

—No creo que sea tonto —respondió una voz sorda en la espesura—. Seguimos sus pasos hace ya tiempo. Fue un alumno brillante e indisciplinado, un seminarista ejemplar que soñaba con librarse de la voluntad de sus maestros. Un joven cura violento y reaccionario, que buscaba la serenidad. Está lleno de contradicciones, dudas e inquietudes. Lo hemos elegido porque será bastante fácil manipularlo. Además, es de la región. Áspero, inquebrantable, duro como los túmulos de los celtas. Es el hombre indicado para la situación. Confíe en mí.

—Tengo mis dudas.

—¿Por qué?

—Es demasiado violento, de acuerdo con nuestros informes. Nuestros enemigos johannistas podrían aprovecharse de sus actos inconsecuentes.

—Ya es tarde para cambiar de plan. La carne es débil. Haremos de él un esclavo.

Las flaquezas de la carne. El peligro era grande y Jules desconfiaba de esas trampas vulgares. Sería difícil controlar a su hombre por esos medios, una vez que

hubiera despertado el ser adormecido en su interior. Podía convertirse en un demonio con inteligencia propia; sus deseos y fantasías quizás acabaran por perderlos.

—Ruego a Satán que nuestra empresa salga adelante —dijo Jules, santiguándose con la señal de la misa negra.

—¡Cuidado, Bois! —gruñó la voz—. Cuídese de la cólera del cielo.

—Habla usted como Elías, señor abad.

—No soporto sus hábitos, ni su cinismo, ni su reino del submundo, ni sus lealtades. Es usted la antítesis de Elías, que tampoco me cae en gracia. Él tendría que haberse quedado en Rusia y usted en París. No preciso su ayuda.

—Sabe que no hemos venido aquí por elección... Por cierto, ¿dónde está Elías?

—¡Sólo falta que ese judío impotente se haga daño!

—No se inquiete por él, señor abad —dijo Jules con ironía—. Estará levitando en alguna de las grutas de la comarca. O transmutando plomo en oro, o hierba en trigo.

El abad miró alrededor con sus ojos pálidos, enterrados en medio de las arrugas. ¿Dónde andaría ese demonio de judío? De repente, se llevó las manos al vientre e hizo una mueca.

—¿Aún se encuentra mal? —preguntó Jules.

—Siempre me encuentro mal. Esas flores de camamila no me han traído ningún alivio.

—Existe otro remedio, pero dudo que sea apto para un hombre de Dios como usted. En la noche del sabbath, cuando la luna entre en su vigésima cuarta morada...

—No quiero oír nada más.

—Como quiera. Aquí está nuestro amigo. Quizás él pueda curarlo.

—Tampoco aceptaré las curaciones de los amantes de Sión.<sup>1</sup> Elías Yesolot se acercó trastabillando por entre las piedras, acosado por los mosquitos. Su gran cabeza de sabio se balanceaba de un lado a otro. Abría y cerraba la boca en pos del aire tibio, pues sus pulmones habían quedado lisiados por una neumonía que había padecido en Moscú. En realidad, todo su cuerpo obeso era una fuente de dolores que no aplacaban sus remedios, ni sus talismanes, ni sus invocaciones al arcángel Rafael. Tendría que haber renunciado a aquella aventura peligrosa para que ocupara su lugar un cabalista más joven. Pero Jules y el doctor Encausse se habían empeñado en que viniera él, el anciano sabio, el descendiente del rabino Simeón Bar Ya'Hai. Debía acompañar a Jules como observador, a la espera de una tarea digna de su rango.

—¿Dónde estaba? —tronó el abad.

—En el molino —respondió Elías, enseñándole dos piedras blancas—. Estaba escuchando.

—¿A quién escuchaba, a Satán?

—Escuchaba a nuestro hombre. A Bérenger Saunière. Es muy desdichado.

—¿Lo escuchaba a quinientos metros de distancia? Se burla usted de mí, monsieur Yesolot.

—¿Qué le hace pensar eso? —intervino Jules—. Preste atención y no dude de una sola de sus palabras.

El abad estuvo a punto de persignarse. Se preguntó qué hacía allí con aquellos dos condenados. Si sus ansias de poder no fueran tantas, si no hubiera tanto en juego, si no

estuvieran involucrados en el asunto el Priorato de Sión, la Iglesia de Juan y Dios sabía qué otras potencias, hacía rato que habría abandonado su compañía. Estaría escribiendo su libro, estudiando celta, buscando aquel secreto que estaba allí, bajo sus pies, en algún lugar, ese secreto que había hecho de todos ellos cómplices a pesar de que se odiaban y tenían creencias opuestas.

El abad apretó los dientes. ¿Y si alguien más vigilaba ya al cura? ¿Si los johannistas se encontraban igual de cerca? Por entre los peñascos, adivinaba ya sus sombras, el poder ominoso de la sociedad secreta conocida como la Iglesia de Juan. Todo había empezado en 1188 bajo el pontificado de Clemente III, cuando el olmo de Gisors se desplomó tras la disputa sangrienta entre Enrique II de Inglaterra y Felipe II de Francia. De un lado, los ingleses y una turba de obispos místicos que se creían los albaceas de las ideas de Juan. Del otro lado, los franceses y Clemente III, el heredero espiritual de Pedro, y, en el medio, el Temple y el Priorato de Sión, que a pesar de sus estrechos vínculos no tardarían en enfrentarse. El Gran Maestre del Temple, Gérard Ridefort, había tomado partido por el rey de Inglaterra, estigmatizando a sus hermanos de Sión. Entre las dos órdenes había estallado la guerra. El priorato había nombrado entonces a su primer gran Maestro, Jean de Gisors.<sup>2</sup>

El abad trató de imaginar aquella batalla sorda que se perdía en el alba de los siglos. Seguía librándose hasta ese día. Los johannistas habían tomado el lugar del Temple, del que no había quedado en pie ni una sola piedra. Nadie conocía ya la existencia del Priorato de Sión, fundado en 1070 por el monje calabrés Urdus y patrocinado por Matilde de Toscana, la madre adoptiva de Godofredo de Bouillon. De ese mismo Priorato que había dado luz al Temple en 1113 para cambiar las sociedades y las razas del mundo. Ese mismo Priorato al que ahora debía servir y que aborrecía en secreto, como debía servir a aquel judío ruso, porque intuía su poder.

Elías se ensoñó en la lejanía a la espera de que el abad se plegara a su voluntad. Dejó en el suelo las dos piedras blancas que había recogido. Eran fragmentos de antiguas esculturas visigóticas. El pasado aún moraba en ellas, todavía albergaban sus vibraciones, pero el abad estaba demasiado cerca y su espíritu ejercía un influjo negativo. Habría que aguardar al silencio del crepúsculo para que le revelaran sus secretos.

«Es inteligente y antisemita —se dijo Elías, tratando de penetrar en los pensamientos de aquel hombrecillo frágil, cuyos ojos delataban el odio y el desprecio—. No debo fiarme de él. Finge que tiene miedo. Pero miente. Sólo obra en su propio provecho. Él mismo practica la magia... Es...»

—¿Qué es lo que ha escuchado? —le preguntó de repente el abad.

—He escuchado la cólera, la pena y el hastío.

—¿El arrepentimiento no?

—También el arrepentimiento.

—Entonces se quedará.

—Se quedará. Pero no será nada fácil. Ahora mismo está vaciando la casa parroquial en otro arrebató de violencia.

Aglaé había acudido escoba en mano a la iglesia, fiel a su promesa. Después de darle una reprimenda, Bérenger la dejó limpiando y entró en la casa parroquial. Una vez allí, renunció a las apariencias. Para que se enterara toda la aldea, abrió las puertas y despedazó a patadas los tabiques de las ventanas, que estaban tapiadas con clavos y tablones.

Luego tiró a la calle uno tras otro los trastos variopintos e inservibles que se amontonaban en su tugurio de leproso. Fue un alivio inmenso. Los dos calderos agujereados aterrizaron en el camino, la silla coja se hizo pedazos, las cortinas carcomidas fueron a dar al arroyo, las tres pilas de almanaques de Mateo de la Drome y cientos de ejemplares del *Semanario religioso de Carcassonne* hicieron las delicias de los niños que habían acudido atraídos por el jaleo, para observar en primera fila al cura nuevo.

Un rollo de alambre de gallinero cayó también fuera, junto con una docena de platos desportillados.

—No pienso dormir entre arañas y gusanos —gritó el cura—. Adiós, padre Pons. Usted se habrá ido acobardado pero yo me quedo.

En el dormitorio del piso de arriba, el lecho estaba cubierto de tejas. El colchón se hundió entre crujidos bajo su peso. Se tendió de costado sobre el cubrelecho mohoso, y se quedó pasmado mirando el tejado: las ratas se paseaban por las vigas bajo el azul del cielo. No tendría más remedio que buscar hospedaje en casa de uno de sus feligreses. La idea lo sublevaba y lo entristecía, porque era tan pobre que tendría que pedir crédito. No había acabado de llegar, y ya tenía que empezar a pedir.

Despertó a medianoche bañado en sudor. ¿En qué momento se había dormido? Durante un instante permaneció a la orilla de las cosas, acompañado por los espectros de sus sueños, que eran tan espirituales como carnales. A través del agujero del tejado centelleaban las estrellas. Pegaso, Andrómeda y Casiopea se habían detenido en lo alto para contemplarlo en el fondo de su pocilga. Se dio la vuelta, intimidado por esos ojos luminosos que parecían escrutar su conciencia. «¿Qué sueños son esos que escondes? —lo acusaban—. ¿Quiénes son esas mujeres de labios sensuales?» Desde hacía tiempo, sus sueños estaban poblados de cuerpos pálidos, redondeados, como los de las modelos de Manet. De mujeres calenturientas, pintadas por Renoir, que lo sofocaban con sus labios carmesí. Desnudas, adormiladas, como Gervex había pintado a Rolla... A todas las había visto en reproducciones de cuadros prohibidos. Mujeres dulces, gentiles, sabias, estremecidas, mujeres que se complacían en atormentarlo, que lo acariciaban y lo envolvían y le revolvían el bajo vientre, que lo absorbían entre sus carnes y lo abandonaban luego jadeando sobre el lecho aunque él seguía llamándolas con todas sus fuerzas, con todo el ardor crispado de su cuerpo.

Hundió los dedos en las sábanas, resistiéndose a la enorme ola de deseo que crecía en su interior. No debía apaciguar sus ansias, no allí, al menos, tan cerca de la casa del

Señor. Sus manos temblorosas querían aliviarlo, pero se rehusaba a obedecerles. Las juntó una contra otra, se dejó caer fuera del lecho y luchó pidiendo perdón. Durante un instante, mientras decía la oración, se sintió reconciliado con Dios. Un relámpago irreal brotó del fondo de su ser, como una revelación de lo inefable, una esperanza que le hacía arder el alma, una llama pura y viva. El peso de su carne sofocó el ímpetu y el flujo irresistible de su sangre lo devolvió al centro de la habitación, el deseo desbarató su arrebato de fe. Se levantó de un salto, bajó a toda prisa por la escalera y salió corriendo de la casa parroquial, rumbo a la iglesia.

Su mano se aventuró hasta la pila de agua bendita. Saltó con la mirada de santo en santo, hasta detenerse en la Virgen. Se persignó con aprensión y arrastró los talones hacia la Madre de Dios, que lo miraba con la cabeza hundida sobre el pecho, con las manos entreabiertas. Se desplomó a sus pies, conmocionado, buscando la bondad, la comprensión de aquella mujer que conocía tan a fondo la razón.

—Ten piedad de mí —murmuró, aún bajo el asedio de las obsesiones que rondaban su espíritu—. Ten piedad de mí.

Repitió las palabras hasta sentir otra vez en el corazón la mansedumbre de la oración.

Echó a andar hacia el altar, sin atreverse a alzar la vista hacia la cruz. Esperó de rodillas el castigo, la cólera divina, cuyos poderes le eran desconocidos. Sus pecados le parecían graves... Pero ¿lo eran en verdad? Quizá lo fueran. Sin embargo, esta vez no había llegado a pedirle a Dios: «¡Tómame y arrójame donde quieras!».

### III

#### *Unos días más tarde*

Bérenger se estiró en el lecho. El día despuntaba. Las gruesas cortinas de algodón difuminaban el rubor del alba. El repiqueteo de una carreta se apagó por el rumbo de Couiza. Escuchó con nitidez el canto estridente del gallo y los ladridos de los perros. Apartó las sábanas ásperas y se arrodilló al pie del lecho. No era más que una sencilla cama de cedro estilo primer imperio, encajonada en un rincón del cuartito, pero el colchón era nuevo y la almohada mullida. Un lecho limpio y cómodo, que había hecho de él el más feliz de los mortales. Dio gracias al Señor. Luego, pidió perdón. Perdón por las mujeres y por los hombres de su aldea, por los republicanos que destruían la Iglesia, por él mismo y por sus sueños. ¿Podía ser que su nueva vida fuera de la casa parroquial fuese la causa de esta transformación? Las ninfas que lo atormentaban seguían poblando sus noches, pero ahora aceptaba con resignación condescendiente las dolorosas tentaciones de la carne. El pecado que no podía combatir le parecía menos grave con el paso de los días.

Se incorporó más tranquilo. Oyó en la cocina el golpeteo de los zuecos de su casera. Alexandrine Marro había oído a su vez crujir el cielo raso, la puerta del armario donde Bérenger guardaba sus ropas. Abandonó la reserva que se imponía mientras el padre estaba durmiendo y entonó una de esas canciones inacabables, en las que iba enumerando al vuelo las tareas de la jornada y ponía por testigos a sus muertos de las penas de su vida: el cerdo no quería engordar, el molinero hacía trampa con la harina que traía al pueblo, aún no había hecho la colada y ya casi no le quedaba ceniza para blanquear la ropa, el brujo del vecino tenía cara de sapo y sus malas miradas la habían hecho caer en medio de las gallinas; una infinidad de cosas más que Bérenger era incapaz de comprender.

Alexandrine era una mujer extraña. Tras la agitación de la primera noche en la casa parroquial, había ido a tocar a su puerta. Ella le había ofrecido enseguida «el único cuarto digno en ese pueblo de piojosos, donde ni siquiera los dueños del castillo tienen con qué comprar las plumas de las almohadas». Eso había dicho.

—¿Cuánto? —había preguntado Bérenger confiando en su solidaridad cristiana, puesto que la vieja perversa había dicho que era muy devota.

Alexandrine le había impuesto un trato oneroso, como si fueran dos campesinos que regateaban en el mercado de Carcassonne.

—Por tratarse de usted, padre, veinte francos al mes. Treinta y cinco si le doy de

comer.

Bérenger creyó haber oído mal. No. Ésas eran las cifras prohibitivas que había susurrado la vieja, por entre sus labios finos y resecos, cubiertos de bigotillos negros.

—Aquí tiene dos francos por una noche y una comida —replicó Bérenger lanzándole la moneda de plata, que rodó por la mesa hasta la mano ávida de la vieja.

—¿Y después?

—Mis ingresos no me permiten alojarme en su casa. Le pagaré diez francos mensuales por las comidas.

—¡Dieciséis!

—¡Once!

—¡Catorce!

—¡Trece!

—Está bien, padre. En cuanto al hospedaje, vaya a ver a Víctor Gélis, el miembro principal del Consejo de la parroquia. Le dará la llave del Aubépine. Es una casa sin dueño que está en ruinas, pero le servirá con algunos remiendos.

Hasta allí había llegado la conversación. Bérenger buscó a Víctor Gélis, que atendió su petición al cabo de una hora, le encontró un ayudante para las reparaciones y le abrió un crédito en el ayuntamiento. Puesto que el ayudante trabajaba en el campo por la mañana y Bérenger debía ocuparse de la iglesia, las obras tardaron seis días. Se había visto obligado a prolongar su estadía en casa de Alexandrine, con merma de otros tres francos para su modesto peculio.

Bérenger salió por última vez de su habitación. A partir de esa noche dormiría en el Aubépine. Cuando la casa parroquial recobrara su antiguo encanto (gracias a la ayuda del ayuntamiento, y ojalá pronto), volvería a establecerse junto a su querida iglesia.

El olor de las ollas cosquilleó en su nariz cuando entró en el cuarto lleno de humo del que Alexandrine era ama y señora. Dormía allí, recibía allí a sus parientes lejanos, allí almacenaba el grano y las provisiones. En el invierno, las viudas se daban cita al atardecer delante de la chimenea para estremecerse cuando el viento ululaba en la campiña. Sus miradas se abandonaban al fuego del hogar y sus almas ardían entre las llamas cuando llegaba la hora de las historias, llenas de adulterios, metáforas vacías, conjuros, advertencias y risas tontas.

Bérenger se sentó en la cabecera de la mesa, delante de su única comida de la jornada: sopa de patatas con tocino, un trozo de salchicha asada, dos rebanadas de pan, el queso de cabra y el vaso de vino. Hundió la cuchara de hierro entre las bolitas de grasa sin carne que flotaban en la sopa espesa, imaginándose un festín servido en platos de oro.

—¿Ha dormido bien, padre? —preguntó Alexandrine.

Había interrumpido su canción al llegar al gallo enfermo y la maldad de los hijos de la mujer del alcalde, su principal adversaria en el comadreo. Estaba de rodillas ante el hogar, relleno de cenizas, y su falda negra se bamboleaba como una ola contra sus huesos. Bérenger se quedó mirando sus largas manos ganchudas, que iban y venían rascando la ceniza bajo el caldero. El tenue chirrido le hizo pensar en el graznido de un buitre.

—Sí —respondió por fin. Se quedó mirando el cráneo desplumado de la anciana y la pañoleta verde botella que llevaba anudada tras la nuca. Sí, era un buitre.

—Echaré de menos mi habitación.

—Tal vez. Pero me he procurado una cama decente.

—¿Y el colchón?

—El de la sacristía me bastará.

—¿Ese saco de chinches?

—Lo vaciamos, lo limpiamos y lo rellenos con la mejor paja de la aldea.

—¿Puso el ajo en el nicho y la peonía bajo la almohada?

—He tomado todas las precauciones para protegerme de los fantasmas que no dejan dormir a la gente de esta aldea.

—¿Y de las mujeres?

—¿De las mujeres? —Bérenger tragó saliva.

—No de las mujeres como yo, sino de las que todavía tienen la carne joven... los senos duros y redondeados.

—Cállese. Eso es pecado.

—Lo pongo en guardia contra usted mismo, padre. Usted no es un cura ordinario. Es un hombre apuesto, más apuesto que cualquier hombre que haya pasado por aquí.

—No tengo por qué protegerme de las mujeres. La fe me preserva de todas las tentaciones.

—Que Dios lo oiga, padre. Hay una esperándolo en la iglesia.

—¿Una mujer de la aldea?

—Una forastera. No es de aquí. Una muchacha hermosa como el Diablo.

Bérenger se preguntó de quién podía tratarse. Acabó a toda prisa su parca comida y se despidió de Alexandrine, que lo miraba con aire curioso y suspicaz. Cuando se aproximaba a la iglesia, una muchacha de dieciséis o diecisiete años vino a su encuentro. Llevaba una blusa gris y una falda azul que remataba justo por encima de sus botas de soldado. Bérenger la encontró hermosa pese a sus vestimentas. «Una modelo ideal para ese condenado de Renoir», pensó, imaginándola en uno de esos cuadros llenos de manchas coloridas del pintor, en los que las mujeres eran flores, ángeles y demonios. El rostro juvenil, fresco y redondeado, los cabellos recogidos en un moño, los ojos almendrados que chisporroteaban llenos de vida... Tenía cierto gesto enfurruñado, pero se debía a la forma del mentón, al labio inferior grueso que hacía aún más provocativa su boca, esa boca que era un arco, una fruta de pulpa encarnada, del color de las cerezas silvestres cuando empiezan a madurar.

—¿Cómo te llamas, hija? —le preguntó Bérenger.

La muchacha lo miraba de hito en hito, con una sonrisa extraña y descarada.

—Marie Dénarnaud.

—No te conozco.

—Soy de Espérazza. Vengo a buscar agua de azufre al manantial de la Magdalena de Rennes-les-Bains dos veces por semana. Es para mi madre.

—Éste no es el camino más seguro para ir hasta allí.

—He hecho el rodeo para traerle una carta del abad Boudet. Aquí la tengo.

Con un gesto fugaz, se sacó de la blusa una carta lacrada. Bérenger la tomó y la



abrió. El abad Boudet le daba la bienvenida y lo invitaba a visitarlo a Rennes-les-Bains. Bérenger se sorprendió de la rapidez de la invitación. Sin embargo, la idea de poder conversar con un colega era un alivio.

—Gracias, Marie.

—Bendígame, padre —le pidió ella en un susurro y le cogió la mano, estrechándosela con fuerza.

Bérenger sintió en la palma los dedos tibios de la muchacha y el calor se propagó por todo su cuerpo. Sin embargo, no apartó la mano. La boca desdeñosa y entreabierta de Marie le provocó un leve estremecimiento. Era demasiado parecida a las muchachas escurridizas de sus sueños, a las que besaba convulsivamente en los labios, en las sienes, las mejillas, el cuello, los pechos... Marie lo observó con aire malicioso. La mirada de aquel cura apuesto y viril la embargaba de dulces sensaciones, un torrente desconocido palpitaba bajo su piel. ¿Qué esperaba él para soltarle la mano? Apretó aún con más fuerza aquella mano grande y firme que ansiaba sentir sobre sus pechos.

Bérenger reprimió el deseo insensato de abrir los brazos, estrecharla contra su cuerpo y hundirse en el olor de sus cabellos, en el perfume de su piel. Cayó en la cuenta de su locura y retiró la mano con violencia. Bendijo a María sin pensar, enfurecido consigo mismo.

—¿Le gusto, padre? —susurró la muchacha en tono provocativo, como para hundirlo aún más hondo en el tormento.

Bérenger hizo un esfuerzo desesperado para sustraerse al encanto de su voz. Invocó entre dientes la ayuda de Dios, pero las palabras se le quedaron anudadas en la garganta.

—Vete —murmuró avergonzado.

—Como usted diga, padre. Pero volveré a visitarlo.

Se echó al hombro el petate que traía y se marchó contoneándose hacia el valle. En el recodo de la aldea, se volvió sonriendo a decirle adiós.

Bérenger soltó un suspiro. La tentación había sido grande. ¿Cómo podía presentarse delante de Cristo con esos pensamientos en la cabeza? Se estremeció y entró en la iglesia. Debía preparar su primera misa, y eso era lo más importante. La tarea no daba espera. En menos de una hora, la aldea oiría de sus labios la palabra divina.

Al día siguiente, salió al alba de la casa a la que se había mudado la víspera. Enfiló por el sendero que descendía entre los pastizales hasta Rennes-le-Bains. Estaba feliz. Su primera misa había sido un éxito. En el curso de dieciséis confesiones, se había enterado de lo que todo párroco debía saber acerca de su aldea: quién era el adivino, a quiénes tachaban de putas, quién estaba al frente de los muchachos, quiénes robaban el grano y las gallinas... Lo sabía ya todo sobre el brujo, la gente rica, los indigentes, los ateos y los republicanos. Se encargaría de llamar a estos últimos a la razón antes de las siguientes elecciones. Haría entrar a Dios por una brecha en sus cerebros alborotados por los masones. Les recordaría los errores de Jules Ferry, el descalabro

de las finanzas, la crisis de la economía y el desastre de las políticas laicas. Los haría sentir culpables de las guerras de Túnez, Tonkin y Camboya, que cada día causaban más descontento y propiciaban el ascenso de la extrema izquierda. ¡Cuántos argumentos tenía para rebatir a aquellos charlatanes de café! Pero aún tendría que esperar. Las elecciones eran en octubre.

Redobló el paso, llenando sus pulmones con la fragancia del aire fresco. Delante, el sol recortaba los contornos del monte Cardou. «Éste es el oro que me envía Dios», se dijo, haciéndose sombra con la mano. Más allá del camino que rodeaba Coume-Sourde, distinguió una silueta que avanzaba a toda prisa hacia el Paso del Muerto. Quienquiera que fuese, deseaba pasar desapercibido. Caminaba a un costado del sendero, metiéndose en todos los baches y escurriéndose en la espesura.

Bérenger siguió sus pasos intrigado. La silueta desapareció cuando llegó al lugar donde la había visto. Estaba a punto de reanudar la marcha cuando la vio trepando por encima del arroyo de Hounds. Era una mujer. ¿Qué haría allí, tan lejos del mundo civilizado? Volvió a seguirla para no quedarse con la intriga. La silueta lo condujo hacia la colina.

El sendero estaba flanqueado de peñascos atormentados por el sol. Por esos rumbos, el fuego del cielo ardía en la tierra. Bérenger apretó aún más el paso y, al llegar a la cresta, giró sobre sí mismo. La mujer había vuelto a desaparecer. No había señales de vida en todo el horizonte. Naturalmente, acabó por encontrar el sendero que se internaba en el bosquecillo. Un ruido llamó entonces su atención. Se acercó con cautela, oyendo el gemido ansioso y repetido. Se acurrucó bajo las ramas del último árbol y contempló las grandes piedras celtas que había más adelante, unas enhiestas, las otras por el suelo. Lo que vio bajo las piedras lo dejó sin aliento.

Encima de una de las piedras celtas, una mujer joven se entregaba a un extraño ritual. Estaba frotándose completamente desnuda contra un menhir que tenía forma de falo. Enlazaba la piedra con las piernas, fundiéndose con ella, aplastando el sexo ofrecido contra la superficie áspera del megalito. Bérenger se quedó paralizado, sobrecogido por el deseo. El cuerpo desnudo siguió estremeciéndose, retorciéndose ante sus ojos. Los brazos níveos de la muchacha ceñían la piedra como serpientes. El aire restallaba con la crin negra de los cabellos, que le llegaban a los riñones.

—Dios de la tierra —gimió la mujer—, haz que quede preñada. Haz que crezca en mi vientre la semilla del que yo quiero.

Bérenger siempre había creído que esas prácticas eran cosa del pasado. ¿Cómo podía pensar aquella mujer que la tierra podía fecundarla? Cerró los ojos, ofendido en su alma de cristiano. En cuanto volvió a abrirlos, sintió otra vez la tenaza del deseo y contempló el espectáculo con auténtico placer.

La mujer lanzó un grito, sacudida por un espasmo. Se abatió sobre la piedra y resbaló poco a poco al suelo, hasta donde estaban sus ropas.

Bérenger volvió la espalda con todos los músculos crispados y se alejó de puntillas, como un ladrón, con la opresión del remordimiento. Las lágrimas corrieron amargas por sus ojos. La imagen de la mujer volvió a sus ojos mientras rezaba a los santos, en todos los recodos del camino. Siguió acosándolo hasta el otro extremo del estrecho valle.

El arroyo de la Blanca borboteaba allí entre alegres espumas. Se acurrucó en la

orilla y se echó agua fresca en el rostro. Poco a poco, el ardor del deseo se fue haciendo más tenue, hasta dejar en su entrepierna un vado sin contornos. Bérenger se dejó caer entre los pastos altos, donde nadie podía verlo desde la ruta. Si no hacía ni un solo gesto, ni el menor movimiento, eludiría la mirada del cielo. Sabía que era una actitud ingenua, pero necesitaba consolarse. Permaneció así largo rato, contemplando las alturas sin pestañear. Con el primer canto del gallo reanudó la marcha, como si el perdón le hubiera sido concedido.

Rennes-les-Bains apareció ante sus ojos cuando el sol ya brillaba sobre la ruta. Había recobrado la serenidad y caminaba otra vez con paso firme. El pequeño balneario de aguas medicinales era bastante más animado que su parroquia. Las calles estaban llenas de gente de ciudad, hombres elegantes de frac, mujeres bellas. Todo un mundo de sombreros de flores, cintillos, botines, sombrillas, encajes, corbatas de seda y finos bastones, que se deslizaba a su alrededor, hurtándose a sus pasos. No era más que un cura pobre del campo, un zarrapastroso que se atiborraba de tocino y sopa de ajos. Incluso los sacerdotes que acudían a tomar las aguas termales le parecían príncipes, con sus sotanas limpias y planchadas, sus cruces de plata, sus misales de canto dorado. Agachó la cabeza y bajó los ojos. Su sotana estaba cubierta de manchas. Sus chanclos (¿cómo llamarlos de otro modo?) tenían las puntas raídas y las suelas agujereadas. Tampoco la cruz niquelada que llevaba al cuello era para hacerse ilusiones: ni las miradas ni las sonrisas de los paseantes se dejaban engañar. A simple vista, sabían que su fortuna ascendía a la cifra de setenta y cinco francos mensuales y que después de una buena colecta podía comprarse un salchichón.

La casa parroquial de la iglesia del Nazareno era un palacio comparada con la suya. Tocó a la puerta, después de sacudirse el polvo con el dorso de la mano. Se quedó sorprendido cuando abrieron la puerta de roble. Había esperado encontrar a un hombre parecido a él, alto y fuerte como casi todos los hombres de la comarca. Tenía delante un cura enclenque, de tez amarillenta y cara de comadreja. Los ojos pálidos e insondables se movían sin cesar en el rostro apergaminado.

—¿El padre Henri Boudet? —preguntó vacilante.

—Sí.

—Soy Bérenger Saunière, el nuevo párroco de Rennes-le-Château.

—¡Ah! Es usted. Entre. Es un gran placer tenerlo aquí. Entre, por favor, y disculpe el desorden. Mire bien por dónde pisa.

El abad Boudet lo condujo a través de un pasillo lleno de toda clase de piedras. «Debe de ser arqueólogo en sus horas libres», pensó Bérenger al pasar por encima de una bastante grande. La biblioteca en la que entraron era un sueño hecho realidad. Cuando menos había dos o tres mil volúmenes en los anaqueles. Vio incluso un papiro y varios pergaminos. Sobre la mesa había docenas de frascos con líquidos de todos los colores, dispuestos alrededor de una especie de cubo de plomo.

—Estoy investigando la civilización celta y nunca tengo tiempo de ordenar... ¿Se encuentra bien?

—¡Qué maravilla tener todos estos libros! —suspiró Bérenger.

—Puede pedirme prestados cuantos quiera... Pero permítame que le dé un consejo. Este de aquí, por ejemplo.

Le tendió un libro publicado recientemente en Limoux. *Las piedras grabadas del Languedoc*, de Eugène Stublein.

—Hay mucho por descubrir en nuestras tierras —dijo el abad con voz jovial—. Mucho, Saunière. Son tierras ricas, en las que han morado distintas civilizaciones... Le aconsejo que perfeccione su dominio de las lenguas antiguas. Sus superiores del seminario me han contado que el griego no tiene secretos para usted.

—Obtuve buenas calificaciones. Pero de eso hace ya cuatro años.

—Persevere. Busque otras lenguas, memorice los símbolos, lea y aprenda.

Le tendió entonces *El castillo de Berbería* de Poussereau, junto con un libro negro titulado *Salomón*. En la portada había una frase en hebreo dentro de un cuádruple círculo.

—*Haschamin Vehoullu Hastischi Iom* —leyó Bérenger, para hacer gala de sus conocimientos.

—¡No! —exclamó Boudet—. La voz tiene que fluir, tiene que vibrar para que la onda surta efecto: *Haschamaîn Vaiekullo Haschischi Iôm*. Los cielos fueron creados el sexto día.

Las palabras le llegaron hasta el alma. Bérenger las oyó reverberar en su interior. Por un momento, el sonido redujo su alma a cenizas, como la onda de una explosión. El eco se prolongó en el silencio, hasta desaparecer. La insospechada fortaleza de Boudet, que tanto contrastaba con su aspecto enfermizo, llenó de vagos presentimientos a Bérenger.

—¡Tiene usted mucho que aprender! —dijo Boudet riendo—. Siempre me sorprende que en esta época el hebreo esté prohibido en la escuela. No es una lengua muerta, sino más bien la lengua del porvenir... ¿Le apetece un café? Tengo uno excelente. Una de mis penitentes me lo hace llegar desde Burdeos. ¡Julie!

—¿De Burdeos?

—Viene al balneario para curarse el estómago. Es rentista. ¿Sabe?, todos los que vienen al balneario, si no son funcionarios, ni banqueros, ni notarios, ni diáconos, ni vicarios, ni sirvientes, son rentistas... ¡Julie!

—Qué suerte para su parroquia.

—El maná de las ciudades es un alimento providencial. Lo acepto con humildad. Durante el verano, tenemos siempre el cepillo a rebosar... Las limosnas nos las dan en oro.

—Pues yo, encaramado en lo alto de las rocas, tengo que recibir en especie las donaciones de mis campesinos. Nunca podré reparar mi iglesia.

—¿Qué remedio? El Estado administra ahora nuestros bienes y son los alcaldes los que mandan a reparar las naves. Es usted joven, ya lo nombrarán en otra parte. Con suerte, en una gran ciudad cristiana. Escuche este consejo: «Honra el poder supremo que existe en el mundo, el que de todo saca partido y reina por encima de todo».

—Asimismo —replicó Bérenger—: «Honra también lo que en ti sea más poderoso, que es de la misma naturaleza que aquello; encontrará provecho en todo lo demás y guiará tu vida». *Pensamientos para mí mismo*, Marco Aurelio, libro V.